

LA FÍSICA Y LA ÉTICA EN EPICURO Y LUCRECIO

Alberto Relancio Menéndez
Profesor de Filosofía, I.E.S. Realejos
La Orotava y Las Palmas de Gran Canaria, febrero 1998

«Con razón, creo, se ha dicho que ningún otro filósofo de la antigüedad ha sido tan calumniado como Epicuro, el materialista, el hedonista, el negador de la inmortalidad del alma y de la providencia divina, y, por tanto, el enemigo de la religión y del Estado.»

(Epicuro, Carlos García Gual)

« [...] resulta que podemos recibir el poema de Lucrecio como la sola obra de Ciencia sistemática o de Física total que los antiguos nos han dejado [...] que es la rama heterodoxa por excelencia, la que han venido reproduciendo a lo largo de los tiempos los diversos materialismos y ateísmos [...] hay que reconocer que es una especie de milagro laico, o concatenación de circunstancias improbables, lo que ha hecho que un poema de tales condiciones haya pervivido y llegado hasta nosotros.»

(Prolegómenos al De Rerum Natura, Agustín García Calvo)



1. VIDA DE EPICURO

Epicuro, aunque ateniense, no había nacido en Atenas. Sus padres, Neocles y Querestrata, debieron pasar una mala situación económica y emigrar a Samos, acogiéndose a un reparto de parcelas que Atenas había organizado en la isla que entonces estaba bajo su dominio. (esto debió ser en el 352 a.C.). Y allí nació, junto con otros tres hermanos, Epicuro a finales del año 342 o principios del 341. Parece que Epicuro participó de la actividad de su padre como maestro de escuela y de la de su madre, que al parecer iba de casa en casa haciendo algún tipo de rituales de purificación, actividades complementarias a las de campesinos pobres. Epicuro estuvo estudiando filosofía desde los catorce años con el platónico Pánfilo hasta que a los 18 años tuvo que trasladarse a Atenas a realizar el servicio militar –la **efebía** ateniense –.

Debió llegar a Atenas a mediados del 323, justo cuando ocurría el hecho crucial de la muerte de Alejandro Magno, y allí recibiría adiestramiento militar junto con su compañero de filas Menandro, futuro comediógrafo de la llamada Comedia Nueva. Al segundo año de su estancia en Atenas, el de los desfiles, el acuartelamiento y la adquisición de su plena ciudadanía, ocurriría otra muerte decisiva, la del filósofo Aristóteles, que se había ido de Atenas poco antes debido a su vinculación con Macedonia, justo en un momento en que la ciudad vivía una reacción antimacedónica exaltada por la muerte de Alejandro.

En el 321 Epicuro se traslada a la ciudad de Colofón, en la costa jonia, puesto que su familia tuvo que trasladarse a dicha ciudad forzosos por la expulsión de los colonos de Samos, cuyas tierras iban a ser devueltas a sus antiguos propietarios, según decreto del propio Alejandro poco tiempo antes de morir. Desde allí parece que pudo haber ido a estudiar un tiempo con el peripatético Praxífanos en Rodas, según refiere Diógenes Laercio, y, con más certeza, con Nausífanos de Teos, discípulo de Demócrito, así como con el escéptico Pirrón. Después de estos años de formación funda una escuela en la ciudad de Mitilene, en la isla de Lesbos, adonde se traslada. La experiencia no fue buena y se ve involucrado en enfrentamientos, que le obligan a trasladarse a Lámpsaco, cerca de los Dardanelos, donde desarrolla una gran actividad, y donde consigue algunos de sus seguidores más fieles.

Después de estos cuatro fructíferos años, entre el 310 y el 306, Epicuro se trasladará a Atenas en el 306 y allí fundará una escuela, después de comprar una casa y un jardín –el cual dio nombre a su escuela, el Jardín de Epicuro, y que más que un jardín era un huerto–. Tenía entonces treinta y cinco años y durante otros treinta y cinco años enseñará en Atenas, en competencia con el Liceo aristotélico y la Academia platónicas, así como, fundamentalmente, con la escuela estoica, fundada también en Atenas en el 301, y con la corriente escéptica, que más tarde será la orientación predominante en la Academia



Los últimos años de Epicuro transcurren, como decíamos, enseñando y escribiendo en el Jardín, su escuela, que queda bien caracterizada en las siguientes palabras de Carlos García Gual:

«Porque el Jardín¹ no pretendía ser, a diferencia de la Academia y el Liceo, un centro de atracción intelectual, una escuela de educación para destacar en el gran mundo, la orientación política y la investigación científica, junto con una formación moral dogmática. Era, ante todo, un retiro para la vida en común y la meditación amistosa de unas personas dedicadas a filosofar, un tanto desengañadas respecto a la repercusión mundana de las enseñanzas de la auténtica filosofía. El Jardín era una escuela donde se buscaba, ante todo, una felicidad cotidiana y serena mediante la convivencia según ciertas normas y la reflexión según ciertos principios.» (Epicuro, pág. 38).

Epicuro moriría en Atenas en el 270 a los 72 años en una época de convulsiones políticas y decisivos cambios históricos, lo que quizá explique su decisión de apartarse de la política y refugiarse en su escuela y en las comunidades epicúreas unidas por lazos de amistad, para practicar una verdadera y liberadora filosofía.

2. OBRAS DE EPICURO

«Seguramente ninguno de los pensadores se la antigüedad ha sido tan calumniado ni tan trivialmente malinterpretado como Epicuro. Tampoco ninguno ha suscitado alabanzas tan entusiastas.» (*Ética de Epicuro*, Carlos García Gual y Eduardo Costa Méndez, pág. 13). A sus detractores se debe, sin duda, que apenas conservemos textos de Epicuro, como siguen diciendo los autores citados:

«De los numerosos escritos de su fundador [del epicureísmo], uno de los filósofos antiguos de mayor producción literaria, no nos queda casi nada. Ni un libro del casi medio centenar de tratados [más de 300 rollos de papiro] que escribió Epicuro. Tan sólo breves fragmentos, algunas sentencias escogidas, y tres cartas o epítomes, preservadas por un azar feliz. La inclusión de éstas en la obra de un erudito historiador de la filosofía, Diógenes Laercio, a más de cinco siglos de distancia de Epicuro, las ha salvado del naufragio casi total de sus textos. La desaparición de la obra escrita de Epicuro ha sido en parte efecto de la desidia anquiladora de los siglos, pero en buena parte también resultado de la censura implacable de sus enemigos ideológicos.» (Ética de Epicuro, Carlos García Gual y Eduardo Costa Méndez, pág. 14).

¹ En la escuela se admitían personas de todas las clases sociales, incluso mujeres –tanto ciudadanas “honestas” como cortesananas (hetairas)–, y también esclavos, lo cual resultaba bastante escandaloso para la época.



Las tres cartas de Diógenes Laercio, recogidas en el libro X de su obra *Vidas, doctrinas y sentencias de filósofos ilustres*, son la dirigida a Heródoto, sobre los fundamentos de la interpretación de la Naturaleza, la dirigida a Pitocles, que trata de los fenómenos celestes, y la dirigida a Meneceo, centrada en cuestiones éticas. También recoge Diógenes cuarenta máximas, las llamadas *Máximas Capitales*, resumen del pensamiento de Epicuro (además de su testamento y un fragmento de una carta). En 1887, K. Wotke descubrió 81 sentencias o dichos breves, publicados al año siguiente con el título de *Gnomologium Vaticanum –Sentencias Vaticanas–*, por el lugar donde fueron encontradas, sobre tema ético, y coincidentes algunas con las Máximas Capitales (algunas de ellas son de sus discípulos).

Merece una mención aparte toda una serie de papiros carbonizados encontrados en una villa de Herculano, cerca de Nápoles, sepultada en el año 70 d.C. por la erupción del Vesubio y que fue excavada a finales del siglo XVIII. Se trataba de una biblioteca con numerosos volúmenes de obras de Epicuro –en particular de su magna obra en treinta y siete libros *Sobre la Naturaleza–* y comentarios filosóficos, que había pertenecido a Filodemo de Gádara, docto escritor y poeta del siglo I a.C., amigo de Cicerón. Los fragmentos de dichos papiros están en muy mal estado y son difícilmente legibles, pero poco a poco, y con mucha pericia filológica, se han ido reconstruyendo algunas frases y textos².

Aparte de estas fuentes directas tenemos para reconstruir la doctrina epicúrea los textos de sus discípulos y de sus fervientes seguidores, el principal de ellos el poema filosófico *De Rerum Natura* del escrito latino Tito Lucrecio Caro (del que hablaremos más adelante), así como obras del citado Filodemo, o de un epicúreo de finales del siglo II d.C., Diógenes de Enoanda, que mandó escribir sobre un muro, en su Capadocia natal, una muy larga inscripción con sentencias o máximas epicúreas y algún fragmento de carta.

Del lado de los críticos o detractores de la doctrina epicúrea son importantes como fuentes algunas obras filosóficas de Cicerón, de Plutarco, Séneca o Sexto Empírico. Como comentan García Gual y Acosta Méndez: «Adeptos de uno u otro credo religioso, o sectarios de algún dogmatismo filosófico, vieron en Epicuro a un peligrosísimo adversario y competidor, negador impío de la trascendencia mundana y enemigo de la Religión y el Estado.» (Ibid., pág. 16).

² El análisis de los papiros se ha seguido haciendo en las últimas décadas en el centro papirologógico de Nápoles, y existe una revista monográfica, publicada desde 1971 por el profesor Marcelo Gigante llamada *Cronache Ercolanesi*, que van dando cuenta de los progresos en el trabajo de investigación de la lectura e interpretación de los textos.



3. FINALIDAD Y PRESUPUESTOS DEL FILOSOFAR

«Para Epicuro –nos dice García Gual– la filosofía es, mucho más que un teorizar y un saber objetivo, una actitud personal, una actividad que proporciona felicidad a la vida; que, a la manera de las medicinas al cuerpo, aporta salud al alma. Filosofar no es un lujo, sino una urgencia vital en un mundo caótico y alienante [...] Siendo una actividad (**enérgeia**), es a la vez una actitud ante el mundo, que proporciona a la persona una disposición anímica fundamental para el vivir cotidiano, y hace del filósofo ese hombre dichoso que es, en el terreno de lo práctico, el auténtico sabio (**sophós**) [...] “Vana es la palabra de aquel filósofo que no remedia ninguna dolencia del hombre. Pues así como ningún beneficio hay de la medicina que no expulsa las enfermedades del cuerpo, tampoco lo hay de la filosofía, si no expulsa la dolencia del alma” (frg. 221 Us.). Por lo tanto no es su vana apariencia, sino la dedicación real a filosofar lo que nos beneficia. “No hay que simular filosofar, sino filosofar realmente. Porque no necesitamos aparentar estar sanos, sino estar sanos de verdad.” (SV 54) [...] El filósofo se sobrepone a los dolores del ánimo, a las angustias, temores, inquietudes, e incluso a los dolores de la carne, mediante la fortaleza de su disposición anímica. Practica un “arte de vivir” que le da una existencia serena, una **eudaimonía** constante, que rivaliza con la felicidad de los dioses.» (Epicuro, págs. 54-56).

De tal forma que el ideal teórico, la investigación y el saber queda subordinado a su utilidad vital, al saber vivir.

«Para esta liberación filosófica –sigue diciendo García Gual– es necesario el conocimiento científico de la realidad. Frente a las vanas presunciones, suposiciones y supersticiones, sólo el conocimiento real de la Naturaleza nos garantiza la auténtica serenidad de ánimo, la buscada **ataraxía** [...] resulta de lo más valioso para la verdadera felicidad el conocer las causas reales de las cosas, que libera al estudioso de los fantasmas irracionales de las creencias angustiosas y de las esperanzas sin fundamento [...] Conviene quizás insistir algo más en ese valor instrumental que los epicúreos dan al saber científico, precisando que no significa un menosprecio del estudio y la investigación de la realidad objetiva, sino que simplemente subordinan ese conocimiento a la finalidad de todo saber humano, que es la obtención de la **eudaimonía**. El conocimiento científico no es un fin en sí mismo, sino un medio para la liberación del ánimo.» (Ibid. pág. 57).

Epicuro rechaza la **paideia** tradicional, los valores inculcados en la tradición helénica de competición y de esfuerzo para destacar, y los vanos ideales que esta transmite. Pero Epicuro no es un cínico, su rechazo de la sociedad helenística griega no llega hasta la mendicidad o marginalidad de los cínicos; se puede vivir



en la ciudad, sin intentar cambiar su organización, utilizando sus instituciones pero sin participar activamente en ellas, y sin intentar hacer revoluciones o proponer utopías, y mucho menos sin intentar dirigir políticamente al pueblo hacia otra organización social, algo que para un epicúreo cae fuera del horizonte real.

Hay que abstenerse de la política, vivir al margen de las carreras de honores y disputas, del ansía de poder y de riqueza, de medrar o desbancar a otros. Lo mejor es pasar desapercibido para evitar sufrimientos y reveses, angustias y dolores innecesarios; lo mejor es organizar en la medida de las posibilidades comunidades de amigos al margen de lo establecido, poniendo el fin en la felicidad serena y en el placer, a través del conocimiento de la Naturaleza y del control de deseos y dolores. Todo consiste en vivir bien, sin grandes derroches, con lo necesario para evitar los temores, las supersticiones, y controlando la salud del cuerpo y del alma. «Hay que liberarse –dice Epicuro– de la cárcel de los intereses culturales y de la política» (SV 58), ya que los valores que ahí se propugnan no son los del sabio epicúreo.

Se trata de reducir al mínimo la dependencia del exterior, tener la mayor independencia posible; se trata de la autosuficiencia del sabio, de conseguir la autarquía, el no dejarse arrastrar por poderes externos, que no podamos controlar, por avatares de la Fortuna que se escapan de nuestro dominio.

Parece que los estoicos y los epicúreos reaccionarán contra las *filosofías de lo incorpóreo* de Platón y Aristóteles, centradas en el marco de la **polis**, proyectándose hacia la Naturaleza como marco definidor, aunque lo principal sea para el individuo la filosofía de la vida, los problemas éticos urgentes y cómo ser feliz. Se crea todo un sistema frente a los doctrinarismos y disoluciones de las escuelas clásicas, que para los epicúreos supone un conocimiento racional de la Naturaleza subordinado a la vida serena y feliz, al alejamiento de los temores de la ignorancia y la superstición (o de los mitos y las teologías astrales), basándose en unos criterios firmes y sencillos que determinen lo que es conocimiento verdadero frente a los errores, las vanas opiniones y las falsedades ilusorias.

4. CANÓNICA

La primera constatación que habría que hacer es que la doctrina de Epicuro es un todo inseparable aunque helenistas como Diógenes Laercio la hayan fragmentado en tres partes: Canónica, Física y Ética. El hecho de que no haya tres partes autónomas o separadas no implica que no haya directrices o líneas fundamentales en la teoría, siempre y cuando se las mantenga dentro de un todo en el cual, y sólo en el cual, tienen sentido.

Una de las doctrinas básicas del sistema es la relativa a los criterios de verdad para un conocimiento exacto de la realidad, que es una de las divergencias mayores que tiene la utilización del atomismo por parte de Epicuro respecto a Demócrito, el cual mantenía una orientación semiescética en su teoría del conocimiento.



Nos dice Diógenes Laercio:

*«En su Canon, en efecto, dice Epicuro que los criterios de la verdad son las sensaciones (**aisthéseis**), las preconcepciones (**prolépseis**) y las afecciones (**páthe**), y los epicúreos añaden también las proyecciones imaginativas del entendimiento (**phatastikás epibólás tes dianoías**). Lo afirma también Epicuro en su Epítome a Heródoto y en las Máximas Capitales.»* (apud *Epicuro*, García Gual, pág. 78).

4.1. SENSACIONES

Y a continuación del texto anterior sigue diciendo Diógenes Laercio:

*«"Toda sensación", dice, "es irracional (**álogos**) no participa de la memoria de ningún modo. Ni por sí misma ni movida por otro puede añadir o restar nada.»* (*Ibid.*)

Las sensaciones son el primer criterio de verdad y en cuanto datos brutos recogidos del exterior son irrefutables. Las sensaciones responden a la captación de las imágenes (**eidola**) formadas por los sutilísimos átomos que se desprenden continuamente de los objetos, y que forman efluvios que llegan hasta nuestro cuerpo, chocando con nuestros órganos de los sentidos³. Las sensaciones en cuanto tales siempre son verídicas, y son el fundamento de los demás criterios de verdad y de cualquier juicio, los cuales sí pueden ser erróneos por diversos motivos que luego veremos.

Como decimos, cada sensación es siempre verdadera y en cuanto tal **álogos**, es decir, no discursiva, no relacionada con otras, independiente.

Las sensaciones son automáticas, y son objetivas en la medida en que responden a la constitución atómica de la realidad; y la representación de los objetos se basa en las impresiones recibidas (una afección pasiva provocada por algo de lo cual ella constituye un efecto correspondiente y adecuado) que para ser válidas tienen que ser confirmadas por la claridad (**enárgeia**) y por la ausencia de contradicciones en la percepción.

Las sensaciones son hechos, como los sentimientos, y son la base para construir el conocimiento⁴, incluidas las inferencias que se hacen sobre lo que está más allá de los fenómenos, de lo perceptible.

³ Dice Epicuro: «Si rechazas todas las sensaciones no tendrás siquiera un punto de referencia para juzgar aquellas que afirmas que son falsas.» (M.C., 23, *Epicuro*, García Gual, pag. 142).

⁴ Los efluvios de átomos funcionan como una especie de ondas que viajan desde los objetos, que desprenden sus capas más externas de aquéllos, en un flujo continuo que permite dar cuenta de las dimensiones y tridimensionalidad de los objetos para el observador. Las sensaciones no son más que el conjunto de ondas de átomos muy sutiles que reproducen los contornos, dimensiones y características de los objetos de los que proceden, y se adaptan a los órganos de los sentidos, de forma que chocan con sus átomos y producen una reacción subsiguiente capaz de generar una imagen.



4.2. PRÓLEPSIS Y LENGUAJE

Las **prolépseis**, traducidas por preconcepciones, anticipaciones o prefiguraciones, nacen por la repetición de las mismas sensaciones: no son más que la imagen general de lo sensible que pervive en la memoria; esta imagen es la que fijamos en las palabras y que aplicamos, luego, a casos particulares semejantes. La **prólepsis** es una imagen mental o un concepto general producido por el recuerdo de impresiones repetidas de un determinada objeto. Así la reiterada visión de hombres particulares nos lleva a la imagen del hombre general, una especie de concepto universal al que asociamos una palabra, “hombre”, la cual sirve, una vez generada, para *anticipar, pre-concebir, pre-figurar*, a un hombre particular que identificamos y reconocemos con ese nombre que evoca la imagen o concepto.

Esto supone ya la intervención de la memoria que recoge configuraciones de átomos, imágenes mentales de experiencias previas, pues las **prolépseis** proceden de las impresiones sensibles y no son en ningún sentido innatas; pero una vez formadas son previas a otros actos de conocimiento, es una anticipación conceptual que fundamenta el conocimiento científico y la comunicación por el lenguaje. A las **prolépseis** se les ha de exigir claridad y precisión en la medida en que son la base para los juicios verdaderos o falsos.

Somos capaces de interpretar sensaciones nuevas comparándolas con las **prolépseis** o preconceptos, y todos nuestros juicios acerca de objetos se elaboran sobre nuestras experiencias registradas, que clasificamos utilizando el lenguaje. Los preconceptos son el fundamento de los juicios y el lenguaje. El error aparece cuando usamos palabras que significan un preconcepto que no corresponde con el fenómeno, por asociación errónea entre fenómenos y conceptos debido a la ambigüedad de ciertas palabras, o bien por confundir impresiones claras y oscuras.

«Epicuro pensaba –dice Long– probablemente que todos los otros conceptos, incluso aquéllos que carecen de referencia empírica, derivan de preconceptos. Los preconceptos pueden combinarse unos con otros o pueden ser usados como base para una inferencia.» aunque la mayoría son derivados directos de sensaciones.

Sigamos con Diógenes Laercio:

«*“La prólepsis, dicen los epicúreos, es como una comprensión (katálepsis), una opinión recta, un pensamiento (énnoia), una noción general que está en nosotros como un recuerdo (mnéme), de lo que muchas veces se nos ha presentado desde fuera. Por ejemplo, aquello que se me está presentando de esta manera es un hombre. Porque en el momento mismo en que se dice hombre, gracias a la prólepsis, se piensa, al mismo tiempo, en su imagen genérica (typos), según las sensaciones que antes se han tenido. Para todo nombre, pues, aquello que es primeramente significado en él se nos presenta como evidente. Y nosotros no podríamos llevar adelante investigación alguna, si no tuviéramos ya de antemano algún conocimiento. Por ejemplo, cuando decimos: ¿aquello que hay allí es un caballo o un*



buey? Porque para hacer tal pregunta es preciso haber conocido alguna vez la forma (**morphé**) de caballo o de buey. No podríamos, pues, nombrar cosa alguna, si antes no conociésemos, por medio de la **prólepsis**, su imagen genérica, su **typos**. Las **prólépseis** son, pues, evidentes.” (Diógenes Laercio, X, 33)» (apud *El epicureísmo*, Emilio Lledó, págs. 94-95).

A partir de las sensaciones, por una parte, se establecen imágenes a las que se adecúan los sonidos, y, por otra, se establece un registro de imágenes que constituyen la memoria base de la “diánoia” o mente en Epicuro, capaz de proyectarse a partir de las sensaciones sobre cada nueva sensación (es a través de las **prólépseis** como podemos reconocer a qué se refiere una sensación dada).

Existe un mecanismo paralelo –como se puede apreciar en el texto anterior–, por el cual a partir de la imagen constituida se crea un equivalente sonoro, que son las voces o palabras del lenguaje, a partir de las cuales se transmiten nuestras experiencias.

Todo el lenguaje y el pensamiento reposan sobre las **prólépseis**. Estos conceptos son un criterio de verdad de nuestras opiniones porque –al igual que las sensaciones que resumen– son imágenes de las cosas en el alma (son imágenes de lo sensible memorizado, y como **tipos**, modelos o esbozos que nos permiten comprender las cosas asociándoles palabras).

El concepto general –**prólepsis**– tiene por una parte una relación automática con las sensaciones, y por otra una correspondencia entre el concepto general y la palabra: el concepto general queda fijado o expresado en la palabra porque su significado está basado (aunque por convención) sobre la sensación inmediata de los objetos.

El lenguaje correcto es, pues, el lenguaje “natural” construido por los individuos que con idéntica conformación atomística tienen las mismas sensaciones (manejan los mismos objetos de experiencia).

«Epicuro sostenía que, si uno se atiene al significado primero y fundamental de los vocablos que emplea, los problemas lógicos pueden ser evitados o dejados de lado como tantas disquisiciones erísticas y superfluas» (*Epicuro*, García Gual, pág. 80). Epicuro no quería discutir sobre palabras, sobre sonidos vacíos de contenido (**phonai kenai**).⁵

⁵ “La búsqueda de conocimiento tiene que realizarse apoyándose en los elementos esenciales de los conceptos y en lo que *originariamente* los conceptos significan. Cada palabra, por muy manoseada que haya podido estar por la historia, y sobre todo aquellas palabras que encierran compromisos intelectuales, ideológicos, éticos, conserva, aún en sus contextos originales y en su primitiva semántica, aquellas referencias al mundo de la sensibilidad y la experiencia en la que se originó [...] En el texto epicúreo se intenta reducir el lenguaje a un esquema simple, que evite ese inacabable proceso en el que empieza a perderse el primer nivel referencial: aquel que permite descubrir en las palabras sus “sentidos primeros”.» (*El Epicureísmo*, Emilio Lledó, págs. 100-103).



4.3. SENTIMIENTOS

Todas nuestras sensaciones son movimientos de átomos corporales y estos movimientos involucran o bien una perturbación, y de ahí el dolor, o bien la ausencia de dolor, esto es, el placer. Cada experiencia de los sentidos supone placer o dolor; es una forma diferente de experimentar los efectos de las sensaciones, y no sólo de los cinco sentidos sino también de la mente misma. Estos sentimientos son los criterios según los cuales debemos actuar; de esta forma en la esfera moral cuando elegimos y decidimos de qué forma actuar nos referimos a los sentimientos. El placer es apropiado para nosotros porque nos indica los cursos de acción que nos mantienen en una vida sin problemas, y el dolor no es natural, porque es el camino de la destrucción. Los sentimientos indican si nosotros vivimos de acuerdo con la naturaleza, con el funcionamiento general de los átomos, y de esta forma vivimos una vida tranquila, una vida buena siguiendo los dictados de lo natural.

Los sentimientos del placer y dolor se corresponden con el mantenimiento estructural de los engarces atómicos de los seres vivos que permiten el funcionamiento del cuerpo y el alma; el placer sería la ausencia de dolor, un límite automático dentro de las variaciones atomísticas. Los sentimientos determinan lo útil, lo conveniente, lo agradable, y lo rehusable o evitable; y no son subjetivos dado que remiten a todos los organismos conformados igual que el nuestro.

Son un criterio de verdad porque para Epicuro *verdad* no se confunde con opinión sino con la realidad atomística; así la ética de Epicuro sería la manifestación de la teoría física en el plano del comportamiento humano. «De esta manera le fue posible a Lucrecio establecer un modelo de comportamiento en su poema sin referirse a otra cosa que al mundo físico, a los átomos y sus relaciones.» (S.G. Escudero, pág. 253).

«Está claro, pues, —dice García Gual— que la canónica está directamente enlazada con la física y también con la moral, puesto que la Naturaleza es quien da las pautas del verdadero conocimiento y de la recta conducta.» (*Epicuro*, pág. 83).

4.4. EPIBOLÉ TÊS DIANOÍAS

La **epibolé tês dianoías**, o la expresión **phantastikà epibolaì tes dianoías** suponen uno de los mayores escollos de la interpretación de la filosofía de Epicuro. Siguiendo a Rist, se podría traducir esta última por “imágenes producidas por el contacto de la mente”, es decir, imágenes producidas por el choque de los átomos de la mente con los átomos provenientes de los sentidos.

Rist interpreta que la **epibolé** puede referirse a dos cosas diferentes: al contacto de la mente con las representaciones que provienen de los sentidos, en cuyo caso la actuación de la mente sería fiable y formaría parte del mecanismo de la



sensación; o al contacto de la mente con imágenes mentales que la propia mente puede captar por sí misma, funcionando como una especie de “sentido”, en la medida en que capta átomos muy sutiles que no pasan por los cinco sentidos - como pueden ser los dioses, o las imágenes de los sueños o las alucinaciones. El problema de esto es que el *contacto* de la mente puede funcionar sobre imágenes almacenadas o mediante mecanismos autónomos que pueden llevar a construir conceptos por analogía o hipótesis, que para ser confirmadas deber referirse al mecanismo de los sentidos.

El problema es que sólo se podría considerar la **epibolé tês dianoiás** como un criterio de verdad si se redujera a contactos con los átomos provenientes de los sentidos, pero no lo sería si actuara de manera autónoma, al margen de los contactos sensoriales.

4.5. JUICIOS U OPINIONES VERDADERAS O FALSAS

Usamos los criterios para saber si las afirmaciones, con las que pretendemos conocer e interpretar el mundo, son verdaderas o falsas.

Los objetos del mundo pueden clasificarse en la teoría de Epicuro en: lo aparente –**tà phainómena**–, lo que aguarda confirmación –**tà prosménon**– y lo invisible –**tà àdela**–.

Para los objetos que caen bajo los sentidos debemos basarnos en las sensaciones, y en su propia autocorrección, esto es, que si nosotros vemos un objeto y hacemos un juicio, éste debe ser confirmado por nuevas observaciones que lo validen –o si las sensaciones son confusas o se producen ilusiones perceptivas–; la proposición es verdadera si la evidencia de las sensaciones se corrige o confirma con otras sensaciones añadidas. El juicio es falso si nuevas sensaciones contradicen la primera apreciación, y no hay evidencia de lo que parecía que indicaban las primeras sensaciones.

“Lo que aguarda confirmación” puede ser lo que no cae en este momento en el campo perceptivo pero puede hacerlo, y un caso particular sería el de los fenómenos celestes, de los cuales tenemos indicios (**semeîa**), en la medida en que tenemos una visión lejana de ellos. Aquí hay que aplicar la inferencia analógica para construir hipótesis, teniendo en cuenta que debe estar sujeta a una explicación racional, no ajena al funcionamiento de aquello que podemos observar con los sentidos; la analogía no debe contradecir las sensaciones, y el resultado de nuestras operaciones cognoscitivas no debe entrar en contradicción con los sentidos o con lo que ya tenemos constatado. Por eso pueden formularse varias hipótesis o teorías para explicar los fenómenos celestes, siempre y cuando estén de acuerdo con la evidencia de los sentidos, y cuya verdad puede considerarse igualmente probable; y, por supuesto, sin caer en el absurdo o el mito.



Para el campo de lo invisible -fundamentalmente los átomos y el vacío- sólo sirve la inferencia⁶. Así Epicuro dice: “Si no hubiera vacío, entonces los cuerpos no podrían moverse. Pero nuestros sentidos nos dicen que los cuerpos se mueven, por tanto el vacío existe.” Se enfatiza aquí la premisa “nuestros sentidos nos dicen que los cuerpos se mueven”, que se extrae de la experiencia sensorial. O una variante que Epicuro utiliza aunque no será estudiada hasta Filodemo, que sería: “es inconcebible que q pueda ser el caso, si p no es el caso”, como, por ejemplo, “si Sócrates no es un hombre, es inconcebible que Platón pueda ser un hombre”. Para derivar una consecuencia inconcebible se parte aquí de una premisa que está en total contradicción con los fenómenos que nosotros podemos constatar a través de nuestra percepción.

5. FÍSICA

«Epicuro insistirá en la importancia del conocimiento científico de la Naturaleza para rechazar las supersticiones, por ejemplo, acerca de la divinidad de los astros, defendida por los platónicos y por la creencia popular.

Es cierto que dice (M. C. 11): “Si nada nos perturbaran los recelos ante los fenómenos celestes y el temor de que la muerte sea algo para nosotros, y además el desconocer los límites de los dolores y de los deseos, no necesitaríamos de la investigación de la naturaleza (fisiología).” Y agrega en la M.C. 12: “No resulta posible liberarse del temor ante las más definitivas preguntas sin conocer cuál es la naturaleza del universo y perder así el recelo ante algunas de las creencias de los mitos. De modo que sin la investigación de la naturaleza no es posible recoger placeres puros.” La *fisiología* revela así su carácter utilitario. » (Epicuro, García Gual, pág. 58).

Pero el valor de este conocimiento es grande en cuanto contribuye a la serenidad del ánimo del sabio y a la obtención de los placeres más auténticos, y, de

⁶ Véase a este respecto la inferencia analógica que va de lo mínimo en la percepción a lo mínimo en el átomo en la *Carta a Heródoto*, 58-59, págs. 98 y 99 del *Epicuro* de García Gual. La inferencia por analogía es introducida por Epicuro. Aunque éste no la sistematiza ésta tendrá un gran desarrollo en el epicureísmo posterior, sobre todo en oposición a los estoicos. Epicuro sigue aquí la tradición del pensamiento presocrático griego y, en particular, de la tradición empirista en Medicina, donde a partir de lo perceptible –los síntomas– tomado como signo se podía revelar lo imperceptible –las enfermedades–. La inferencia analógica permitiría hacer juicios sobre lo imperceptible partiendo de lo perceptible; se basa en un principio inductivo. A partir de la observación de un gran número de casos particulares que origina la formación en nuestra memoria de las anticipaciones –**prolêpseis**– cabe establecer juicios sobre las características esenciales de lo no perceptible o sobre el futuro en virtud de la semejanza que resulta de la comunidad con lo perceptible. Filodemo de Gadara en el siglo I a.C. sistematizará el tema en su *Sobre los Métodos de Inferencia*, donde responde a las objeciones de los estoicos.



hecho, Epicuro dedicó gran parte de su obra a este tipo de conocimientos dejando de lado, no obstante, las matemáticas y la lógica, por ejemplo.

La doctrina sobre la Naturaleza, la Física, está expuesta básicamente en dos cartas de Epicuro, la carta a Heródoto y la carta a Pitocles, que es una especie de apéndice de la primera, centrada en los fenómenos astronómicos y meteorológicos. Aparte de esto tenemos algunas máximas y fragmentos de su gran obra en treinta y siete libros titulada *Peri Physeos*. Y tiene un valor inestimable el desarrollo pormenorizado de muchos puntos (aun dentro de una orientación e interpretación particular), la obra de Lucrecio *De Rerum Natura*.

La teoría básica de la que se sirve Epicuro en su interpretación de los fenómenos naturales es el atomismo de Leucipo y Demócrito. Pero si bien se sirve de las ideas directrices del atomismo clásico, Epicuro introducirá modificaciones notables, tanto en lo que atañe a algunos cambios en la propia doctrina como a la finalidad y contextualización de la misma. Los cambios introducidos en el atomismo se deben a las críticas provenientes, sobre todo, de Aristóteles y a la integración de la explicación atomista en el sistema de la filosofía epicúrea, cuya teoría del conocimiento y ética divergen de las de los primeros atomistas.

Los axiomas básicos del atomismo, que nosotros hemos expuesto en este mismo Seminario “Orotava” el pasado año⁷, suponen que *Nada nace de la nada*, a la vez que nada se destruye y se convierte en nada, con lo cual el todo es inmutable y eterno. El todo, que es infinito, está compuesto por átomos y vacío, que son los componentes mínimos de todo lo existente; los átomos en cuanto “cuerpos mínimos”, sin vacío interno, y el espacio o vacío como la única entidad incorpórea existente; todo lo demás son compuestos, es decir, cuerpos formados por ambos componentes.

Epicuro trata de mantener estos principios partiendo siempre, a diferencia de sus predecesores, de los datos sensoriales –y de su teoría del conocimiento antes expuesta–: las cosas se generan de simientes, no de la nada –como atestiguan nuestros sentidos– y tampoco se volatilizan sin más, sino que se destruyen para transformarse en otras. Observamos cuerpos y vemos que están compuestos de otros más pequeños, y, por analogía, llegamos hasta componentes mínimos, que aunque invisibles, suponemos similares a los cuerpos, pero que son los límites de la descomposición, son indivisibles (por eso ya no tienen vacío separador, son compactos, sin partes...).

Epicuro intenta también instaurar el vacío desde un punto de vista empírico, partiendo del movimiento de los cuerpos, para deducir la existencia de un

⁷ “La Física Atomista”, Alberto Relancio Menéndez, **Seminario “Orotava” de Historia de la Ciencia**, año VI, con el título genérico “Ciencia y Cultura en la Grecia Antigua”, Abril/Mayo de 1997.



espacio por el que los cuerpos transitan, un espacio donde los átomos se juntan o chocan; pero se trata de un vacío con entidad, es decir, que para salvar críticas eleáticas o aristotélicas Epicuro convierte al vacío en una naturaleza intangible e incorpórea, aunque naturaleza capaz de recibir propiedades.

«Los átomos –dice Epicuro– no poseen ninguna cualidad de los objetos aparentes a excepción de figura, peso y tamaño y cuanto por necesidad es congénito a la figura» (*Epicuro*, García Gual, pág. 97). El tamaño de los átomos varía pero dentro de unos márgenes –no puede haber átomos perceptibles–. Tienen también formas o figuras diferentes, de lo que depende su combinación y entrelazamiento en los sistemas atómicos que forman los cuerpos (y de ahí, en gran medida, depende el orden y posición de los átomos en los entramados atómicos), pero su variedad no es infinita sino tan sólo incalculable. Esto es una rectificación del infinito de acuerdo con el número incalculable, pero limitado, de formas de las que la percepción nos informa, lo cual no impide que dentro de cada figura el número de átomos sea infinito.

Lo que acabamos de decir rectifica la posición de Demócrito que admitía infinidad de formas y tamaños en los átomos, así como para él el peso sólo tenía sentido, ligado al tamaño, en los torbellinos que forman los mundos. Sin embargo, el peso es esencial para Epicuro, porque da entidad al átomo (Aristóteles había criticado los átomos sin peso y los había confundido con las unidades pitagóricas) desde el punto de vista físico, y es lo que hace que tenga un movimiento natural, eterno, lo que hace que se mueva “de arriba a abajo”.

Este *arriba* y *abajo* del movimiento de los átomos no son más que adverbios convencionales que indican lo que está por encima de nuestras cabezas y lo que está por debajo, es decir, un punto convencional de referencia para el movimiento que somos nosotros, y es nuestro mundo concreto dentro del espacio infinito. Dice la carta a Heródoto: «[...] es posible imaginar una línea sola de movimiento hacia el infinito por arriba y una sola por abajo, aun si llegara diez mil veces a los pies de los que están arriba lo que se mueve desde nosotros hacia los espacios de por encima de nuestra cabeza, o a la cabeza de los que están mas abajo lo que se mueve hacia abajo.» (*Epicuro*, García Gual, págs. 99-100).

Los átomos se mueven continuamente a la misma velocidad en el espacio infinito, pues el vacío no opone resistencia salvo que choquen unos con otros, y en ese caso las velocidades cambian dependiendo de los obstáculos, de la figura y tamaño del átomo. Si todos los átomos cayeran –es decir, vinieran hacia nosotros– paralelamente con trayectoria vertical no habría choques ni entrelazamientos de átomos y, por consiguiente, no se formarían conglomerados ni compuestos, esto es, no se formarían mundos como el nuestro, uno de los infinitos mundos existentes. Pero hay mínimas desviaciones de la trayectoria recta de los átomos, y esa desviación o **parénklisis** (que Lucrecio traducirá por **clinamen**,



dándole mucho mayor protagonismo como movimiento creador de las cosas) es la responsable de la formación de los cuerpos, de que existan cosmos.

Esta mínima desviación que provoca el choque de los átomos anula la situación de homogeneidad del espacio y del movimiento de los átomos, y acaba por provocar un desequilibrio que lleva a la formación de un torbellino el cual culmina en un movimiento en espiral, un remolino de átomos, con tendencias centrípetas y centrífugas, hacia arriba y hacia abajo desde el centro del remolino (hay que recordar que Epicuro se imaginaba a la tierra como un disco plano en el centro de nuestro cosmos). Estos movimientos en remolino ya estaban presentes en el atomismo clásico de Leucipo y Demócrito, pero no la **parénclysis** que rompe las trayectorias homogéneas y rectas de los átomos en el espacio.

Sobre la **parénclysis** o desviación de los átomos, más basándose en discípulos de Epicuro (sobre todo en Lucrecio y su **clinamen**) que en el propio maestro, han corrido ríos de tinta. Desde la antigüedad se criticó esta desviación de los átomos, “en un lugar y tiempo imprevisibles” –como dice Lucrecio–, como algo carente de causa, como un principio indeterminista inadmisibles e innecesario. Y luego se ha recuperado de forma positiva, aunque quizá exagerada en el otro sentido, a partir de la tesis doctoral de Karl Marx, como un principio de libertad frente al determinismo de Demócrito, férrea necesidad física, que no dejaría espacio al libre albedrío, a la libertad humana (como en el determinismo estoico). Esa especie de desviación espontánea del átomo en Epicuro fundaría así las decisiones morales, libres, del ser humano... por encima del mecanicismo del sistema físico.

Hay que recordar que en la creación de compuestos atómicos, como en la formación de los mundos, no han intervenido ni los dioses ni la providencia divina, ni tampoco la Necesidad, sino más bien el azar sin una finalidad prefijada. Habrá combinaciones más estables, mejores que otras, con más posibilidades de perduración, que aunque fortuitas responden a leyes naturales precisas, de movimientos, choques, figuras, tamaños, disposiciones, órdenes, comportamientos, etc.

Sobre el tema de la indivisibilidad de los átomos, Epicuro introduce, frente a Demócrito, la teoría de los mínimos, con objeto de responder a las críticas de Aristóteles (de la infinita división matemática de lo extenso). Aunque los átomos son físicamente indivisibles, el poseer un tamaño determinado y una figura implica que tienen extensión, luego que tienen “partes”, extremos, aunque por supuesto no separables y distinguibles únicamente desde un punto de vista lógico. El tamaño de estas partes tienen un mínimo, que funciona como unidad de medida; y de estas “partes”, de su estructura, dependen las diferentes figuras y tamaños de los átomos.

El alma para Epicuro es también una clase de estructura física, un tipo específico de átomos que cumplen una serie de funciones en el organismo humano.



Pero la vida, las sensaciones o el pensamiento no es algo que tenga el alma por sí misma sino que realiza esas funciones en la medida en que es parte del conjunto psicosomático. «Sin el cuerpo el alma no tiene vida ni sensibilidad, como tampoco las tiene el cuerpo sin el alma. La muerte es, pues, simultánea para ambos.» (*Epicuro*, García Gual, pág. 115). Los átomos que componen el alma son lisos, redondeados, muy ligeros y veloces, y se asemejan a los átomos del soplo vital, o a los del aire o fuego, y se encuentran esparcidos por todo el cuerpo; pero existen algunos especialmente sutiles y rápidos que se alojan en el pecho y se ocupan de las funciones de coordinación de sensaciones y de las funciones intelectuales (es la división que hará Lucrecio entre *anima* y *animus*, la primera como parte irracional, y la segunda, racional).

Hay en el alma una función activa en el proceso intelectual, de acuerdo con sus propios movimientos atómicos, que está a la base de nuestra capacidad de decisión, de elección de nuestra conducta. Como el alma no es nada diferente en esencia al organismo, no caben aquí elucubraciones sobre almas inmortales y los consiguientes temores a castigos de ultratumba de los relatos míticos; no hay más vida que la presente, y con la muerte se disgrega el cuerpo con sus componentes anímicos incluidos.

6. ÉTICA

Las obras que conservamos de Epicuro sobre temática ética son la *Carta a Meneceo*, la mayoría de las llamadas *Máximas Capitales* y las 81 *Sentencias Vaticanas*, algunas de las cuales son idénticas a las máximas, mientras que algunas de las sentencias no son del propio Epicuro sino de algún discípulo.

6.1. PLACER Y DOLOR. TIPOS DE PLACERES

El placer es la base de la ética epicúrea y aquello que más escándalo ha causado a los críticos del epicureísmo. El placer (**hedone**) es el comienzo y fundamento de la vida feliz, así como su culminación y término; y el objetivo de la ética, de la filosofía, es conseguir esa vida feliz.

“Dos son los estados pasionales, el placer y el dolor, que se dan en todo ser viviente, uno conforme a la naturaleza, otro contrario” según nos transmite Diógenes Laercio. Lo que quiere decir que la consecución del placer y la evitación del dolor es lo que guía nuestras elecciones y rechazos de modo natural. Mientras que el dolor es extraño, el placer es algo positivo, connatural al organismo humano, y el límite del placer viene medido por la ausencia de dolor: «Límite de la magnitud de los placeres es la eliminación de todo dolor. Donde haya placer, por el tiempo que dure, no existe dolor o pesar o la mezcla de ambos.» (M. C. 3, *Ética de Epicuro*, García Gual y Acosta Méndez, pág. 103). “No se acrecienta el placer en la carne, una vez que se ha extirpado el dolor por alguna carencia, sino que sólo



se colorea. En cuanto al límite del placer puesto por la mente, lo produce la reflexión sobre esas mismas cosas que habían causado a la mente los mayores temores, y las de género semejante. (M. C. 18, *Ética de Epicuro*, pág. 109).

Es necesario llamar la atención sobre el término “placer”, que traduce el término griego **hedone**, y que en castellano es demasiado específico; **hedone** se refiere tanto a la ausencia de cualquier perturbación de la mente, la **ataraxía**, como a la falta de dolor en el cuerpo, la **aponía**, a la vez que cubre los placeres cinéticos, fruto de los movimientos sensibles referidos tanto a la mente como al cuerpo. Salvo para los placeres sensibles del cuerpo se ha propuesto en castellano el término “gozo” como más adecuado y menos equívoco que el de “placer”.

En la teoría epicúrea de los placeres hay que distinguir dos tipos de placeres, los catastemáticos y los cinéticos, es decir, los que no involucran movimiento y son estables o constitutivos del organismo, y aquellos otros ligados al movimiento; y, a su vez, cada uno de ellos referido al cuerpo o al alma o mente.

Los placeres catastemáticos del cuerpo suponen la ausencia de dolor (**aponía**), o, dicho en forma positiva, el equilibrio estable del cuerpo humano preservado de dolor; el estado placentero supone la perfecta armonía de átomos corporales, manteniendo la salud y el equilibrio corporal. Cuando hay alteraciones o carencias más o menos graves de átomos se producen estados de enfermedad o situaciones de hambre, sed, frío, etc., que producen dolor; basta con restablecer la situación de equilibrio y estabilidad para eliminar el dolor y encontrarse en un estado placentero.

Los placeres cinéticos o de movimiento del cuerpo siguen a la ausencia de dolor –así el tomar tales o cuales alimentos frente al no tener hambre, o beber algo frente a no tener sed– y no aumentan nuestro placer sino que tan solo lo colorean o diversifican; son movimientos placenteros de nuestra sensibilidad que suponen variación del placer, pero no mayor intensidad. El límite natural al placer lo pone la ausencia de dolor –los placeres catastemáticos– pero esto no se produce de forma automática, dado que la carne no puede razonar y los deseos son ilimitados, sino que se basa en el cálculo de los bienes naturales hecho por la parte racional del individuo, por su mente; al igual que la duración del placer se mide con la razón.

Por otro lado están los placeres catastemáticos del alma o mente, que consisten en la ausencia de perturbaciones, la **ataraxía** (que junto con la ausencia de dolor corporal son la esencia del placer o gozo, la base de la felicidad perfecta), que consiste en la eliminación de todos nuestros temores, angustias, ansiedades y esperanzas vanas. Y también tenemos los placeres cinéticos anímicos, que consisten en los movimientos de la alegría y del júbilo o disfrute (**chará kai euphrosyne**) provocados por la representación mental de un bien, frente a la representación de un mal, que supone la tristeza.



Pese a la anterior clasificación, conviene no olvidar que tanto mente o alma (**dianoia** o **psyché**) como la carne (**sarx**), que así denomina Epicuro al cuerpo, son entidades corpóreas, materiales, formadas por átomos que pueden ser más o menos sutiles, pero que están formando el mismo organismo.

Epicuro sostenía, no obstante, que los sufrimientos del alma eran más penosos que los del cuerpo, y así mismo, el alma la que puede tener los mayores placeres, puesto que su placer o gozo no sólo se limita al momento presente sino que puede rememorar o anticipar un bien a través de sus representaciones mentales. Aun así Epicuro afirma que los placeres de la carne son los placeres básicos, que tiene su raíz en los sentidos corporales; y son también los más fáciles de conseguir. Mas difíciles de eliminar son las perturbaciones surgidas de la vanas opiniones que afectan al alma, y de forma mediata al cuerpo (y de ahí la importancia de la filosofía), aunque, por otro lado, la mente tiene una cierta autonomía frente a los dolores corporales, siendo capaces los placeres anímicos de contrarrestar el sufrimiento causado por aquéllos.

6.2. LOS DESEOS

Todo placer es la satisfacción de un deseo. Y los deseos están bajo el control de la principal de las virtudes, la prudencia, para saber distinguir qué deseos responden a necesidades verdaderas, y llevan al placer, y cuáles no.

Acosta Méndez sintetiza muy bien las clases de deseos según Epicuro:

1.º Naturales y necesarios: Surgen por reacción al dolor y una vez satisfechos restauran el equilibrio necesario al cuerpo y al alma. Dado que los dolores que nos afectan son los de la necesidad, la enfermedad y los de aquellos que, proveniente de los hombres comporta amenaza, la satisfacción de esto deseos es necesaria para la subsistencia vital, para el bienestar del cuerpo y para la felicidad (*Ep. Men.* 127).

2.º Naturales, pero no necesarios: Son aquellos que, no surgiendo como reacción al dolor, sino como variación del placer, no comportan dolor si no son satisfechos. Se refieren al placer del que goza la naturaleza por los sentidos y entre ellos se incluyen los deseos relativos al goce del amor.

3.º Ni naturales ni necesarios: No surgen ni como reacción al dolor ni como variación del placer, sino como producto de la vana opinión. Así, por ejemplo, el deseo de coronas y estatuas.» (*Ética de Epicuro*, García Gual y Acosta Méndez, págs. 224-225).

Como se ve la primera clase de deseos se corresponden con los placeres catemáticos, la segunda con los placeres cinéticos, y la tercera son deseos vanos que no proporcionan ningún placer si no que acaban acarreado dolores o pesares, como la riqueza, los honores, el poder, o todas las “necesidades” creadas sin necesidad.



6.3. LAS VIRTUDES

Las virtudes, en general, responden a la satisfacción de los deseos, llevando a la obtención de placeres y evitando los dolores, para lo cual se necesita el cálculo razonado de la prudencia, que se convierte así en la virtud básica. El resto de las virtudes parte siempre de la prudencia, y su medida natural es el placer como felicidad, con lo cual no se justifican por sí mismas, sino por el placer al que conducen. Las virtudes son bienes en cuanto sin ellas no es posible vivir placenteramente, tener una vida feliz.

Junto a virtudes como el valor o la temperancia, redefinidas por el epicureísmo, hay que considerar la autosuficiencia, la justicia y, sobre todo, la amistad. Diremos algo sobre las dos últimas.

La justicia es una convención utilitaria en vistas de no hacer ni sentir daños, es un pacto basado en un principio de utilidad de los individuos que forman la sociedad. De tal manera que lo justo puede cambiar dependiendo de la comunidad de referencia, y la ley tiene que ajustarse en cada momento a lo que es justo para los individuos en ese momento. Es decir, que la justicia está vinculada a lo que es útil, beneficioso, para los individuos, y, en última instancia, está encaminada a procurar el gozo, la **ataraxía**. Esto supone que la sociedad está al servicio del sujeto, no a la inversa, y que no es una agrupación natural, ni hay leyes naturales de convivencia, ni el individuo se debe al puesto que desempeña en ésta, sino que la sociedad tiene un fin puramente utilitario, siendo fruto del desarrollo cultural.

En cuanto a la amistad, la exaltación que Epicuro hace de ésta es total. La máxima capital 27 nos dice: «De los bienes que la sabiduría ofrece para la felicidad de la vida entera, el mayor con mucho es la adquisición de la amistad.» (*Ética de Epicuro*, pág. 113). Las comunidades epicúreas eran comunidades de amigos que convivían y se apoyaban mutuamente en la adquisición del placer y la **ataraxía**, al margen de la presión social y de la vida política, que ellos rechazaban por perturbadora e inútil para la vida del individuo.

La amistad tiene, pues, por objetivo la adquisición del placer, y parte de la conveniencia mutua, de la utilidad que los amigos se puedan prestar entre sí, puesto que la vida de un hombre sin amigos está constantemente expuesta a las mayores turbaciones y calamidades. Pero con el tiempo la amistad se basa en el afecto desinteresado por los amigos, y no tanto en la ayuda que nos puedan prestar como en la confianza en esa ayuda, lo que nos permite fortalecer nuestro ánimo y nuestra seguridad. De esta forma podemos conseguir una dicha sólida y duradera, y la posibilidad de mantener y seguir obteniendo placeres en el futuro en la convivencia con nuestros amigos.

No obstante, el sabio epicúreo también arriesga su **ataraxía** en la amistad, al preocuparse, cuidar o sufrir por sus amigos, y “estará incluso dispuesto a morir por un amigo” –según Diógenes Laercio–. La autosuficiencia y



libertad del sabio se enmarca en Epicuro en una verdadera sociedad de amigos, la más segura garantía para la obtención del placer y el gozo fundamental de una vida feliz.

6.4. LOS DIOSES

Muchas de las perturbaciones de nuestro ánimo, basadas en falsas y vanas opiniones, y que nos impiden alcanzar la serenidad del alma, provienen de la concepción sobre lo divino y sobre la religión. El tema de los dioses es el primero del llamado cuádruple remedio, una especie de recordatorio básico de la doctrina epicúrea, que dice así: «Téngase presente sólo el cuadrifármaco: dios no se ha de temer, la muerte es insensible, el bien es fácil de procurar, el mal, fácil de soportar.» (*Ética de Epicuro*, pág. 145).

Unas palabras de García Gual centran bien el tema:

«[...] lo que siempre se consideró como uno de los trazos sobresalientes del epicureísmo: su combate contra ciertas concepciones tradicionales de la divinidad, concepciones populares, de un lado, y concepciones filosóficas de otro. Con el arma de la fisiología, el epicureísmo podría derribar las bases de la vieja religión y sus creencias supersticiosas [...] erradicar ese temor de los dioses que ensombrecía el ánimo, desterrar la angustia ante un Más Allá poblado de fantasmas sórdidos y horribles, y fundamentar así, sin recelos trascendentes, una moral enteramente autónoma y humana, en un universo sin teleología y sin teodicea. La negación de la providencia divina por parte de Epicuro fue ya para los antiguos uno de los trazos más escandalosos de su filosofía.» (Epicuro, pág. 166).

La Física epicúrea no sólo tuvo que combatir las religiones tradicionales griegas, sino también las concepciones sobre lo divino de los platónicos, aristotélicos o estoicos. La religión astral que parte de Platón, en un intento de superar la vieja religión de la ciudad, divinizó los astros y el cielo todo, introduciendo nuevos mitos y supersticiones, apoyándose en el desarrollo de la astronomía, creando así una religión de sabios, alejada de lo popular, fundada en leyes naturales inexorables, ininteligibles para la mayoría, y fundamento del orden político y moral⁸.

⁸ Véase a este respecto el capítulo "Epicuro y la religión astral", en el libro de A. J. Festugière *Epicuro y sus Dioses*, págs. 40-48, donde se puede leer: «Como los antiguos dioses, en efecto, estos dioses nuevos están dotados de voluntad propia, cuyos decretos inflexibles imponen a la humanidad un yugo más insoportable que los caprichos de los Olímpicos.» (pág. 41).



Los dioses no se ocupan, para Epicuro, de ningún tipo de control ni gobierno del mundo, algo ajeno a su felicidad plena y su goce inmortal⁹. Lo cual no quiere decir que los dioses no existan, puesto que, para Epicuro, tenemos un conocimiento evidente de ellos ya que de ellos nos llegan imágenes o **eídola** que capta directamente nuestro entendimiento (aunque no nuestros sentidos). Están formados de átomos muy sutiles, como aquellos de nuestra alma, y provocan en nosotros una **prólepsis**, como queda atestiguado en el lenguaje de todos los pueblos, donde figura el nombre que los denomina, marcando en ellos su perfecta felicidad y su inmortalidad. Pero esta noción natural de la divinidad ha sido adulterada y recubierta por falsas supersticiones, por vanas opiniones, totalmente rechazables.

Los dioses epicúreos no se ocupan de los asuntos humanos porque ni siquiera viven en el seno de los mundos como el nuestro, sino que habitan en los espacios intercósmicos, en los **metacosmia** o **intermundia**, donde su cuerpo de átomos puros, con forma similar a la humana, se ve renovado incesantemente por otros átomos similares. Estos dioses atómicos, en su sempiterna y serena felicidad, son modelos de conducta para el sabio epicúreo.

6.5. LA MUERTE

La muerte y todo lo que esta lleva consigo es, sin duda, para el ser humano “el más terrorífico de los males”, aquello que, si nos dejamos llevar por vanas opiniones o supersticiones, nos puede provocar la mayor angustia y el alejamiento de la vida feliz.

Dice Epicuro en su *Carta a Meneceo*:

«Acostúmbrate a pensar que la muerte nada es para nosotros. Porque todo bien y mal residen en la sensación, y la muerte es privación del sentir. Por lo tanto el recto conocimiento de que nada es para nosotros la muerte hace dichosa la condición mortal de nuestra vida, no porque le añada una duración ilimitada, sino porque elimina el ansia de inmortalidad.»

Nada hay, pues, temible en el vivir para quien ha comprendido rectamente que nada temible hay en el no vivir. De modo que es necio quien dice que teme a la muerte no porque le angustiará al presentarse sino porque le angustia esperarla. Pues lo que al presentarse no causa perturbación, vanamente

⁹ «El rechazo de la providencia divina llevaba consecuentemente al rechazo de la adivinación, una de las prácticas religiosas más difundidas y arraigadas en la época. La denuncia de los ritos proféticos y las ceremonias mánticas como trucos y trampas para engaño de crédulos fue uno de los motivos que atrajo furiosos ataques contra los epicúreos [...] Los epicúreos negaban también la actuación de un Destino, o de una Fortuna divinizada, esa Tyche de tan amplio prestigio en época helenística. Negaban todo tipo de prodigios en un mundo que era un producto casual de la combinación átomos y agregados atómicos sin fin en movimiento.» (*Epicuro*, Carlos García Gual, pág. 172).



afligirá mientras se aguarda. Así que el más espantoso de los males, la muerte, nada es para nosotros, puesto que mientras nosotros somos, la muerte no está presente, y, cuando la muerte se presenta, entonces no existimos. Con que ni afecta a los vivos ni a los muertos, porque para éstos no existe y los otros no existen ya.» (Epicuro, págs. 135-136).

De acuerdo con la concepción epicúrea, todos los mitos sobre la vida del Más Allá son puras fábulas para espantar a crédulos; los fantasmas y tormentos del Infierno no existen más que en la imaginación popular. Pero también son falsos los mitos sobre la inmortalidad del alma defendidos por algunos filósofos, y los castigos o premios de ultratumba que censuran o recompensan nuestra conducta en esta vida por mediación de una Justicia divina; todo esto es pura fantasía.

Todo bien y todo mal radican, en el epicureísmo, en la sensación, a través de la cual experimentamos el placer o el dolor, por eso al ser la muerte pérdida de la sensibilidad ya no caben ni placeres ni dolores, ya no hay ni bien ni mal, simplemente la muerte no es nada para nosotros, incapaces de experimentarla. La muerte, como recalcará Lucrecio al final de su poema, es un episodio físico enmarcado en los principios inalterables de la naturaleza, que debemos aceptar pero no temer.

El alma, que es corporal, y es un agregado de átomos, perece con el cuerpo, se disuelve con él; el alma no tiene capacidad de supervivencia ni de sensación fuera del organismo humano, nace con el cuerpo y muere con él.

Al suprimir las esperanzas vanas de inmortalidad el epicureísmo abría el camino al pleno goce de la vida presente. Para Epicuro la reflexión sobre la vida y la reflexión sobre la muerte son una misma cosa, en la medida en que se entiende como el medio de liberar al individuo de las perturbaciones de esta vida y facilitarle el logro de la serenidad y el equilibrio moral. De nuevo dice Epicuro:

«El sabio, en cambio, ni rehúsa la vida ni teme el no vivir. Porque no le abrumba el vivir ni considera que sea algún mal el no vivir.» (Epicuro, pág. 136).

7. LUCRECIO

Lucrecio es el autor de la principal obra que conservamos que expone la Física epicúrea, y a través de ésta la teoría epicúrea toda, el *De Rerum Natura*, un vasto poema dividido en seis libros, una de las obras cumbre de la literatura latina, el cual ha tenido una influencia decisiva en todo el pensamiento y la literatura posterior.

La posible fecha de nacimiento de Lucrecio se suele fijar en el año 94 a. C., en cuyo caso su muerte acaecería en el año 51 o 50 a. C., con 43 años de edad.

Las pocas referencias que se tienen sobre Lucrecio, aparte de la fecha de nacimiento, se reducen casi en exclusiva a una adición que San Jerónimo hizo a



su traducción de la *Crónica de Eusebio de Cesarea*, tomándola al parecer de Suetonio. La nota de San Jerónimo, dice así:

«Nace el poeta Tito Lucrecio, el cual más tarde, atacado de locura a causa de un filtro amatorio, después de haber compuesto durante las intermisiones de su demencia algunos libros que luego Cicerón enmendó, se dio la muerte con su propia mano a los 44 años de edad» (trad. de Ismael Roca, *La Naturaleza*, ed. Akal, pág. 9).

Dejando de lado toda la leyenda (por otra parte, interesada) que se ha repetido una y otra vez sobre la locura de Lucrecio, en relación con su supuesto carácter melancólico y pesimista, tal y como se desprendería de su obra, sólo cabe decir que no se sabe si nació en Roma aunque se piensa que estaba vinculado a algunas de las familias aristocráticas romanas (el poema está dedicado a Cayo Memmio, aristócrata y pretor romano), que tenía una vasta cultura grecorromana, y alguna obscura relación con Cicerón, que es quien corregiría o editaría póstumamente el *De Rerum Natura*.

Parece que el poema está escrito hacia el año 59 a.C., y que Lucrecio se hace eco en él de una época, el final de la República Romana, agitada por numerosas contiendas civiles (desde las de Mario y Sila, pasando por la rebelión de esclavos de Espartaco o la conjuración de Catilina hasta la formación del primer triunvirato y la ascendiente carrera de Pompeyo y luego de César).

El *De Rerum Natura* es una exposición completa y sistemática de la Física epicúrea, que continúa la tradición de las obras griegas titulas, justamente, **Peri Physeos**, como el poema filosófico de Empédocles o la propia obra en 37 libros de Epicuro.

El poema tiene más de 7400 versos distribuidos en seis libros, y aunque parece que la obra fue completada por Lucrecio, está falta de una revisión última que su autor no pudo llegar a hacer. Hay muy pocas obras en forma de una epopeya científica, o épica filosófico-didáctica, que pueda ser parangonable con el poema lucreciano en la literatura precedente (así como en la posterior), aunque por supuesto hay influencias más o menos notables desde Homero o Eurípides, pasando por el más cercano e influyente de Empédocles, hasta Ennio, Catulo o Arato.

García Calvo considera que el *De Rerum Natura* es la única exposición sistemática de una doctrina física postsocrática, además de tener el valor de ser una exposición heterodoxa y materialista frente a las corrientes que serían dominantes en la tradición a partir de Platón y Aristóteles. Aparte de ser una exposición completa de la física epicúrea (aun teniendo precedentes en las cartas epicúreas dirigidas a Heródoto y Pitocles), su mayor mérito consiste en «ese arte singular



con que el pregón de la doctrina racional se ha confundido con el aliento de la poesía» (*De Rerum Natura*, ed. de García Calvo, Lucina, págs. 14-15).

Por supuesto que la pervivencia del poema no se debe a su contenido sino a su forma, y gracias a eso fue reproducido por los monjes calígrafos medievales, sin que éstos entendiesen gran cosa de lo que copiaban, en los monasterios irlandeses o franceses –los más viejos manuscritos conservados son del siglo IX–. Aunque aparecen referencias al poema en algunos autores del Medievo la recuperación de estos manuscritos medievales se debe a Poggio Bracciolini en 1418, realizándose la “edición príncipe” en Brescia en 1473.

Valentí Fiol resume brevemente el contenido del *De Rerum Natura*¹⁰:

«... los seis libros que comprende la obra se reparten en equilibrada simetría en tres grupos de a dos: I y II desarrollan los principios fundamentales del atomismo. En I se formulan los dos axiomas que sirven de punto de arranque: “nada nace de la nada”, “nada vuelve a la nada”; seguidamente se expone cómo en el mundo no hay más que dos elementos, materia y vacío, y cómo la materia de que están formados todos los seres consta de un número infinito de invisibles partículas, compactas, indivisibles y eternas: los átomos, cuya naturaleza y propiedades se describen [se critica a Heráclito, Empédocles y Anaxágoras, y se afirma que el universo es infinito, como los átomos y el vacío donde estos se mueven]. El libro II trata del movimiento de los átomos o cuerpos primeros; describe cómo a partir de este movimiento [aquí se trata la famosa teoría del clinamen y cómo los átomos tienen multitud de figuras aunque finitas] se forma los cuerpos compuestos: cómo éstos adquieren las cualidades secundarias, color, sabor, olor, etc. de que están privados los átomos; cómo existe un número infinito de mundos, sometidos, igual que cualquier otro objeto, a nacimiento y muerte.

El tema del segundo par de libros es la psicología epicúrea. El libro III explica cómo el alma (en sus dos componentes, anima o principio vital, y animus, espíritu o mente) está compuesta de elementos materiales y es, por tanto, mortal lo mismo que el cuerpo. [explica cómo la ignorancia de la naturaleza del alma causa a los hombres los mayores temores; que el alma es una parte de nuestro ser, y que forma unidad con el espíritu; que ambos, corporales, están formados por cuatro elementos, que al predominar en unos individuos más que otros da lugar a diferentes temperamentos; y que alma y cuerpo mueren a un tiempo y esto es un hecho natural]. El IV desarrolla la teoría de la sensación, demostrando que ésta nace de los efluvios materiales emitidos por los cuerpos

¹⁰ Entre corchetes añadimos algunas precisiones sobre los temas tratados en los diferentes libros para completar la síntesis de Valentí Fiol.



compuestos que impresionan el animus a través de los órganos sensoriales; se explica, además, que la sensación es en sí misma infalible, aunque dé lugar también a ilusiones y ensueños. [los errores de apreciación vienen de nuestro espíritu, no de nuestros sentidos; pasa revista Lucrecio a la vista, el oído, el gusto y el olfato; también al pensamiento y la generación de ideas a partir de los efluvios o simulacros; se combate el teleologismo de nuestros órganos; y, por último, se trata sobre el funesto amor y sobre la generación].

Los libros V y VI están dedicados a nuestro mundo y sus fenómenos. El V explica que el mundo ha nacido y perecerá, expone la naturaleza y movimientos de los cuerpos celestes, la aparición y desarrollo de los seres orgánicos, [explica las causas de que el mundo tenga un final, la cosmogénesis de nuestro mundo y las fases por las que se fue formando] para terminar trazando un cuadro de la civilización humana, su origen y desarrollo [el surgimiento del lenguaje, las formas políticas y los cultos religiosos, las artes de la guerra y las artes útiles, etc.]. El VI se ocupa de diversos fenómenos atmosféricos y telúricos: nubes, rayo, trueno, terremoto, piedra imán, etcétera, [recalcando que han constituido la fuente principal de la superstición humana, y que todo estos hechos tienen una explicación natural y racional] y finalmente de la causa de las enfermedades, lo que da lugar a una poderosa descripción de la peste de Atenas.» (De Rerum Natura, Lucrecio, ed. Bosch, E. Valentí Fiol, págs. 30-32).



BIBLIOGRAFÍA

ADORNO, F.: “La primera mitad del siglo III: Zenón el estoico y Epicuro”, capt. I-5 de *La Cultura Helenística. Filosofía, Ciencia, Literatura*, tomo IX de *Historia y Civilización de los Griegos*, dir. por R. Bianchi Bandinelli, Icaria-Bosch, Barcelona, 1983 (1977), pp. 52-76.

ARRIGHETTI, G.: “Epicuro y su escuela”, capt. 9 de *La Filosofía Griega*, tomo 2 de la *Historia de la Filosofía*, Siglo XXI, Madrid, 1985 (1969), pp. 297-314.

BAILEY, C.: *The Greek Atomists and Epicurus*, Russell & Russell, New York, 1964 (1928).

BOYANCÉ, P.: *Lucrece et L'Epicurisme*, P.U.F., Paris, 1978 (1963).

CAPPELLETTI, A. J.: *Lucrecio: la Filosofía como Liberación*, Monte Ávila editores, Caracas, 1987.

DIÓGENES LAERCIO: *Vidas de los más Ilustres Filósofos Griegos*, Orbis, Barcelona, 1985.

EPICURO: *Obras Completas*, ed. y trad. de José Vara, Cátedra, 1995.

EPICURO: *Máximas para una Vida Feliz. Y textos escogidos en defensa del ideal epicúreo*, ed. de Carmen Fernández-Daza, Temas de Hoy, Madrid, 1995.

EPICURO: *Obras*, estudio preliminar, trad. y notas de M. Jufresa, Tecnos, Madrid, 1991.

FARRINGTON, B.: *La Rebelión de Epicuro*, Laia, Barcelona, 1983 (1967).

FESTURRIERE, A. J.: *Epicuro y sus Dioses*, EUDEBA, Buenos Aires, 1960 (1946).

FURLEY, D. J.: *Two studies in the Greek Atomists*, Princeton U.P., Princeton (New Jersey), 1967.

GARCÍA GUAL, C. Y ACOSTA MÉNDEZ, E.: *Ética de Epicuro*, Barral, Barcelona, 1974.



GARCÍA GUAL, C.: *Epicuro*, Alianza, Madrid, 1983.

GARCÍA GUAL, C. Y IMAZ, M.^a J.: “El Epicureísmo”, capt. 4 de *La Filosofía Helenística: Éticas y Sistemas*, Cincel, 1986, pp. 53-111.

GARCÍA CALVO, A.: “Para la interpretación de la Carta a Herodoto de Epicuro”, *Emérita XL*, 1972, pp. 69-140.

GONZÁLEZ ESCUDERO, S.: *EPICURO Y MARX*, Tesis doctoral publicada en microficha por Pentalfa Ediciones, Oviedo, 1986.

GARCÍA RÚA, J. L.: *El Sentido de la Naturaleza en Epicuro*, Comares, Granada, 1996.

LONG, A.: “Epicuro y el Epicureísmo”, capt. 2 de *La Filosofía Helenística*, Revista de Occidente, Madrid, 1975, pp. 25-80.

LUCRECIO: *La Naturaleza*, ed. de Ismael Roca Melia, Akal, Madrid, 1990.

LUCRECIO: *De la Naturaleza de las Cosas*, ed. de Agustín García Calvo, trad. en verso del abate Marchena, Cátedra, 1983.

LUCRECIO: *De Rerum Natura/De la Naturaleza*, ed. de E. Valentí Fiol, Bosch, Barcelona, 1976.

LUCRECIO: *De Rerum Natura/De la Realidad*, ed. crítica y versión rítmica de Agustín García Calvo, Lucina, Zamora, 1997.

LLEDÓ E.: *El Epicureísmo. Una sabiduría del cuerpo, del gozo y de la amistad*, Montesinos, Barcelona, 1987 (también en Taurus Bolsillo, 1997).

LLOYD, G. E. R.: *Greek Science after Aristotle*, Norton, New York-London, 1973.

MARTÍNEZ LORCA, A.: *Átomos, Hombres y Dioses*, Pról. de E. Lledó, Tecnos, Madrid, 1988.

MARX, K.: *Escritos sobre Epicuro*, Crítica, Barcelona, 1988.

NIZÁN, P.: *Los Materialistas de la Antigüedad*, Fundamentos, Madrid, 1976.



PHILODEMUS: *On Methods of Inference*, edited with traslation and Commentary by P. H. De Lacy and E.A. De Lacy, Bibliopolis, Nápoles, 1978.

RELANCIO MENÉNDEZ, A.: “La Física Atomista”, ponencia del año VI del *Seminario “Orotava” de Historia de la Ciencia*, bajo el título “Ciencia y cultura en la Grecia Antigua”, Abril-Mayo de 1997.

RIST, J. M.: *Epicurus. An Introduction*, Cambridge U. P., New York-London, 1972.

SERRES, M.: *El Nacimiento de la Física en el texto de Lucrecio*, Pre-textos, Valencia, 1994 (1977).